

19): *Yo os daré corazón nuevo, y espíritu nuevo pondré en medio de vosotros; y os quitaré el corazón de piedra, y os daré corazón de carne; y pondré mi Espíritu en medio de vosotros, y haré que andéis en mis mandamientos, y que guardéis y obréis mis juicios.* Esto promete Dios a los que primero había dicho que *los había de limpiar de todas suciedades.* Y abajo dice: *Yo os salvaré de todas ellas* (36, 29); para dar claramente a entender, que el *salvar de los pecados*, no sólo es quitar la pena de ellos, mas dar limpieza interior, y tal corazón y gracia y espíritu, que baste a hacer guardar los mandamientos de Dios. San Juan dice (*Apoc.*, 3, 20), que dice el Señor: *Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno me abriere, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.* Isaias (55, 1) convida de parte de Dios a los *hamorrientos que vayan a comer, y a los sedientos a beber.* Por San Pablo (2 *Cor.*, 6, 17) dice el Señor: *Salid de en medio de los malos, y no toquéis cosa sucia; y Yo os recibiré, y os sere Padre, y vosotros me sereis hijos e hijas.* En los cuales, y otros muchos lugares, parece claro que los bienes que con la justificación se dan son más y mejores que el no imputar Dios a pena el pecado, pues que se le da la gracia y la limpieza del corazón, y virtudes, y Espíritu del Señor, con que pueda guardar su Ley, y, por vía de hijo y de buenas obras, gozar de Dios para siempre. Y porque Cristo nos ganó estos bienes, juntamente con el perdón de la pena, se llama a boca llena *Salvador de pecados.* Y más por lo primero que por lo segundo, pues que nos libra de la culpa, y nos hace aborrecer el pecado, y nos alcanza la participación de Dios de presente, y derecho para lo poseer para siempre en el cielo. En lo cual nos libra de mayor mal, y nos alcanza bienes de mayor peso, que el libertarnos de cualquier pena.

CAPITULO 89

Que en los justos no queda el pecado, sino que en ellos es destruida la culpa, y quedan ellos limpios, y como tales, agradables a Dios.

Posible es que llegue a tanto la ceguedad de algunos, que les parezca que no sólo basta el favor de Jesucristo para que a estos tales (en quien dicen que

se queda el pecado), no sólo se les quite la pena, mas que, por estar incorporados en Jesucristo, que es muy amado del Padre, sean tambien ellos amados y agradables y limpios, porque Él lo es, aunque en ellos quede el pecado. Porque aun les parecerá que es honrar a Jesucristo sentir del amor que su Padre le tiene, tan altamente, que venza el aborrecimiento que tiene a los tales en quien queda el pecado.

Mas tal honra como ésta, del todo es contraria a su verdadera honra, y a la verdad de la Escritura divina. Ninguna honra es, por cierto, para un juez que deje de castigar, o que quiera bien a algunos malos porque viven con su hijo; porque se demuestra en ello que el hijo no es perfecto amador de la bondad, pues ama a los malos criados; y que el padre no es amador de justicia, pues sufre y ama a los que había de castigar, sin respeto de nadie. Los que han de ser criados agradables a Jesucristo nuestro Señor; no han de tener maldad de pecado mortal, pues que Él es cabeza que influye en ellos, como en miembros vivos, el influjo de su espíritu y gracia, con la cual viven vida ajena de pecado y semejante a la de Él. Porque espantable monstruo sería en lo corporal cabeza de hombre y cuerpo de animal bruto; y así lo sería en lo espiritual, que debajo de cabeza justa, limpia y llena de virtudes, hubiese miembros vivos contrarios a Él. Frescos están los sarmientos, y llenos de fruto, cuando están vivos en la vid; y por esta comparación quiso Cristo que entendiésemos qué tal están los suyos que están en gracia incorporados en Él (*Jn.*, 15, 5), porque están semejantes a Él, teniendo propios bienes que reciben de Él y por Él; para que así se cumpla lo que dice San Pablo (*Rom.*, 8, 29): *Que los que han de ser salvos, ordenó Dios que fuesen conformes a la imagen de su Hijo.* ¿Pues cómo puede haber semejanza entre cabeza que siempre guardó los mandamientos de su Padre, y entre miembros que, por muy perdonados y justificados que estén, están siempre quebrantando con entero quebrantamiento el primero y noveno mandamiento de Dios? Ni hay participación de bondad con maldad (2 *Cor.*, 6, 14), ni de Cristo con quien quebranta los mandamientos del Padre; pues Él predicó (*Mt.*, 7, 21): *No todo aquel que me llama Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, mas el que hiciere la voluntad de mi Padre.*

Y está tan lejos de la verdad que el favor de Cristo se entienda a que estén en gracia del Padre, ni de Él, los que quebrantan los mandamientos, que dice el mismo Señor (*Jn.*, 15, 10): *Si guardáredes mis mandamientos, estareis en mi amor; como yo guardé los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor.* ¿Pues quién habrá que espere que, quebrantando [los] mandamientos, sea amado del Padre por respeto de Jesucristo, pues que [Él] permanece en el amor del Padre guardando sus mandamientos? No será, cierto, amado el esclavo, sino por la vía que lo fué el Hijo; ni Él tendrá en su gracia y amor sino a quien guardare sus mandamientos, como claramente lo dijo en las palabras ya dichas. Y porque nadie en esto se engañase, habiendo dicho primero (*Jn.*, 15, 4): *Estad en Mí, y Yo en vosotros*, dijo después (v. 9): *Estad en mi amor.* Y para declarar qué era estar en Él y en su amor, dijo (v. 7): *Si estuviéredes en Mí, y mis palabras estuvieren en vosotros, cualquiera cosa que quisiéredes pediréis, y os será cumplida.* De manera, que quien quebranta sus palabras no piense que está en su amor, ni incorporado en su cuerpo como miembro vivo; porque fija está la sentencia de la divina Escritura, que dice (*Sap.*, 14, 9): *Aborrecible es a Dios el malo, y su maldad.* Y para declarar el Señor cómo los suyos no son aborrecidos, sino amados en sí mismos, dijo a sus discípulos (*Jn.*, 16, 26): *No os digo ahora que rogaré al Padre por vosotros; porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis a Mí, y creisteis que salí de Él;* como si dijese: «Poco ha que os dije (*Jn.*, 14, 16): *Yo rogaré al Padre, y daros ha otro consolador.* Mas no penséis que he de rogar por vosotros como acaece rogar uno a su amigo que dé algo a otros, con los cuales aquel rogado está mal; y lo que les da es solamente porque ama mucho al que se lo ruega; y quédanse los otros desamados y desagradables como antes se estaban. No es así acá, porque por haberme amado y creído, mi Padre os quiere bien, y le parecéis bien; y tenéis licencia, como gente amada con propio amor, y que tiene propia gracia y justicia, para entrar vosotros delante su acatamiento, y pedirle lo que habéis menester en mi nombre. Y lo que Yo por vosotros ruego es como por gente amada, a la cual el Padre hace mercedes porque Yo las pido, y porque para vosotros las pido.»

Tales son los que Jesucristo nuestro Señor tiene incorporados consigo como miembros vivos, que les alcanzó la gracia cuando no la tenían, con que agraden al Padre; y después de alcanzada, hagan obras que tengan *condignidad* (1) para merecer la vida eterna, como galardón *justo* de tales servicios, y como herencia *debida* a los hijos. Y si os parece cosa desproporcionada a la humana bajeza hacer cosa que tenga *igualdad de merecimiento* con la alteza y eternidad del celestial reino. no miréis vos para esto al hombre a solas, sino honrado y acompañado con la celestial gracia que en su ánimo le es infundida, y *hecho participante de la naturaleza divina*, como dice San Pedro (2 *Petr.*, 1, 4). Y miradlo como a miembro vivo de Jesucristo nuestro Señor, que incorporado en Él, vive y obra por el espiritual influjo que le viene de Él. y participa de sus merecimientos. Las cuales cosas son tan altas, que tienen *igualdad* con las que se esperan, y son bastantes para que de los que así viven se pueda afirmar que cumplen la Ley de Dios; y lo que San Pablo pide a los Colosenses (1, 10) y Tesalonicenses (2 *Tes.*, 1, 11), cuando les dice *que vivan dignamente de Dios*; a los cuales no les pidiera cosa tan alta, si no entendiera que con los favores ya dichos, la pudieran cumplir, y que era más obra de Dios que no de ellos. Porque luego el mismo Apóstol (*Colos.*, 1, 12) da gracias a Dios porque los hizo *dignos de la ración de los Santos en lumbre*; y cuál sea esta *ración*, decláralo Jeremías diciendo (*Thr.*, 3, 24): *Mi ración es el Señor, y por eso lo esperaré*. Y David dice de Dios (*Ps.*, 72, 26): *Tú eres mi ración para siempre*. Digno es de esta *ración* quien la Ley de Dios cumple con las buenas obras ya dichas; y quien es hallado leal en las pruebas que Dios le envía, según está escrito (*Sap.*, 3, 5): *Tentólos el Señor, y hallólos dignos de sí*. Y por lo uno y por lo otro está escrito (*Sap.*, 10, 17) que *dará Dios el jornal de los trabajos de sus Santos*.

(1) *Condignidad*: valor de condigno, equivalencia. Las ediciones consultadas traen *con dignidad*.

CAPITULO 90

Que el conceder en los justos perfecta limpieza de pecados por los merecimientos de Jesucristo, no sólo no disminuye su honra, antes la manifiesta mucho más.

No tenga nadie temor de atribuir la alteza de honra espiritual, y grandeza de espirituales riquezas, y perfecta limpieza de los pecados, a los que el celestial Padre justifica por merecimientos de Jesucristo nuestro Señor. Ni piense nadie que el ser ellos tales perjudica a la honra del mismo Señor. Porque como todo lo que ellos tienen les viene por Él, no sólo no disminuye la honra de Él ser ellos tan valerosos, mas aun la manifiestan y engrandecen; pues es claro que cuanto ellos más justos y más hermosos están, tanto más se manifiesta ser de gran valor los merecimientos de Aquel, que tanto bien alcanzó a los que de sí ni lo tenían ni lo merecían. La Escritura dice (*Prov.*, 14, 4): *Si el pesebre está lleno, manifiéstase la fortaleza del buey; y es la razón, porque con su trabajo lo hinchó de mantenimiento.* Y San Pablo dice a unos hombres, a los cuales había aprovechado con su doctrina y trabajos, *que ellos son [su] honra y corona delante el Señor* (1 *Test.*, 2, 20). Pues ¿cuánto más lo serán de Jesucristo nuestro Señor los que por Él son traídos a honra de hijos, y a riquezas de bienes; y tanto mayor cuanto los bienes fueren mayores?

No es el Señor como algunos, que les pesa o les place poco con la honra o virtud de sus criados, pareciéndoles que perjudica a la suya; o como las vanas mujeres, que huyen de acompañarse de criadas hermosas, porque no obscurezcan la hermosura de ellas. *Caridad* tiene, cierto, Jesucristo nuestro Señor, y *que excede a todo nuestro conocimiento*, como dice San Pablo (*Efes.*, 3, 19), para tener nuestro bien por suyo; y porque tuviésemos muchos bienes, perdió Él su dignísima vida en la cruz. Hijo natural es de Dios, y nosotros hijos adoptivos por Él; y siendo Él *único* Hijo, nos tomó por hermanos, dándonos su Dios por Dios, y su Padre por Padre, como Él lo dijo (*Jn.*, 20, 17): *Subo al Padre mio, y Padre vuestro; Dios mio, y Dios vuestro.* Y así como dice San Juan (1, 14), ha-

blando del mismo Señor: *Vimos la honra de Él, como honra de Hijo unigénito; y dice de Él, que es lleno de gracia y de verdad, así la honra y espirituales riquezas de los hijos adoptivos ha de ser como de hijos de un Padre, que es Dios.*

Y si la gracia y verdad fué hecha por Jesucristo, como dice San Juan (1, 17), no fué para que en Él solo se quedasen, mas para que se derivasen en nosotros, y tomásemos del cumplimiento (1) de Él, y en tanta abundancia, que le llama San Pablo (2 Cor., 9, 15), *don que no se puede contar*, a lo que de presente tenemos. Y para conocer las riquezas de la heredad que en compañía de Él esperamos gozar, ruega San Pablo a Dios (Ephes., 1, 17), *que nos dé espíritu de sabiduría y de revelacion*; porque aquel bien, mayor es de lo que nuestra razón puede alcanzar.

Gloria y gracia sean a Ti, Señor, para siempre, que así nos honraste y enriqueciste con los dones presentes, y nos consolaste con la esperanza de ser herederos de Dios, juntamente contigo; y que tuviste tanto amor con nosotros, que te movió, muy mejor que a Job (31, 17), *a que no comieses tu bocado de pan a solas, sino que comiese el huérjano de él*. Y así como el amor del Padre estuvo en Ti, y no estéril, mas lleno de muchos bienes, así Tú, Señor, queriéndonos hacer compañeros tuyos en esto, rogaste al Padre diciéndolo (Jn., 17, 26): *Que el amor con que me amaste esté en ellos*; y con este amor, tales bienes, cuales uno (Isa., 61, 10), por sí y por los que habían de gozar de estos bienes, dijo de esta manera: *Gozando me gozaré en el Señor, y regocijarse ha mi ánima en Dios; porque me vistió con vestiduras de salud, y me rodeó con vestidura de justicia; como a esposo hermoso con corona, y esposa ataviada con sus atavíos*. La cual confesión, con otras semejantes que en la Escritura divina hay, de los bienes que por Jesucristo nos vienen, da ciertamente más honra a Jesucristo, que decir que ni la virtud de su sangre, ni de su gracia, ni sacramentos, ni infundirse el Espíritu Santo en un hombre, ni incorporarlo consigo, no son bastantes a quitar el pecado de un hombre, sino a hacer que no sea condenado por él. ¿Qué es esto, sino sentir mal de Dios Padre, que prometiendo enviar con su único Hijo remedio entero contra el pe-

(1) *Cumplimiento*: plenitud, colmo.

cado, y que en su tiempo *había de recibir fin el pecado* (*Dan.*, 9, 24), no cumple lo prometido, pues el Hijo venido, el pecado se queda aún en quien participa del Hijo? ¿Cómo se puede cumplir la palabra que dice (*Ezech.*, 36, 25): *Derramare sobre vosotros agua limpia, y seréis limpios de todas vuestras suciedades*; si de verdad no me limpian en mí, sino échanme un manto limpio encima, diciéndome que se imputa por mía la justicia y limpieza de Jesucristo nuestro Señor? Lo cual, más es cubrir mi suciedad, que quitarla. Y quien esto dice, por el mismo caso niega ser el Mesías prometido en la Ley Jesucristo nuestro Señor; y debe esperar otro, que libre, no sólo de la condenación del pecado, mas del mismo pecado; pues es claro que el que de entrambas cosas librase, sería mejor Salvador que quien de la una.

A estos tales despeñaderos sube la ciega soberbia a quien la recibe.

CAPITULO 91

Cómo se han de entender algunos lugares de la Escritura en que se dice que Jesucristo es nuestra justicia, o cosas semejantes, para mayor declaración de los capítulos preceuentes.

La manera que la divina Escritura tiene en decir (1 Cor., 1, 30) que *Cristo nos es hecho sabiduría, justicia, santificación y redención*, no debe ser ocasión a nadie para pensar que los justos no tienen en sí propia justicia. Porque si por eso *somos justos*, porque Cristo es justo, y no por justicia que tengamos, también se dirá que no hay *sabiduría* en nosotros con que seamos sabios, ni *santificación*, ni *redención*. San Juan dice (1 Jn., 2, 20, 27), que *la unción del Espíritu Santo, que enseña de todas las cosas, está en los justos*. San Pablo dice (1 Cor., 6, 11): *Lavaos estéis, santificados estéis*. Y San Pedro (1 Petr., 1, 18): *Redimidos estéis de vuestra vana conversación*. Pues como Cristo *no fué reanuido*, pues no tuvo pecado, de [ahí] que esta *redención* ha de estar en nosotros, por la cual somos llamados *reanuidos*, no obstante que la Escritura diga que *Cristo nos es hecho redención*. Porque en esto, y en las otras tres pala-

bras, lo que quiere decir es que por su merecimiento nos son dadas aquestas cosas.

El Apóstol dice (Colos., 3, 4) *que Cristo es nuestra vida*; mas por esto no se sigue que los justos no viven, pues que dice el Señor (Jn., 6, 58): *El que come a Mí, vive por Mí*. Y no tendría razón de hombre quien, por oír decir que Dios es hermosura de la rosa, o fortaleza del león, o cosas de esta manera, negase tener estas criaturas hermosura y fortaleza distintas de las de Dios. La Escritura dice (Deut., 30, 20): *Dios es vida tuya, y longura de tus días*; el cual modo de hablar quiere decir que Dios es causa eficiente de estas cosas, y el que nos las da.

Ni tampoco debe ser tomada ocasión para el dicho error, de que la Escritura dice (2 Cor., 5, 21) que *somos hechos justicia de Dios en Jesucristo*, y que (Ephes., 1, 6) el Padre *nos hizo agradables en su amado hijo*, y cosas de esta manera. Porque este modo de hablar es para dar a entender, como arriba se dijo, el misterio de ser Cristo cabeza, y de ser los justos sus miembros vivos; los cuales están arrimados a Él, para que se conserve y acreciente el bien que han recibido. Porque si por este modo de hablar se hubiese de entender que los justos no tenían estos bienes en sí mismos, sino porque los tiene Jesucristo, ¿qué se podría responder a lo que dice San Pablo (Rom., 3, 24): *Que son justificados los justos por la redención que está en Jesucristo?*, pues que, no habiendo en Él *cautiverio*, no hubo *redención*; y por esto ha de estar en los justificados, aunque ganada por el Señor.

El mismo Apóstol dice (Rom., 8, 35): *¿Quién nos apartará del amor de Dios, que está en Jesucristo?* Mas por esto no se sigue que no está en nosotros, y muy dentro de nosotros; pues dice en otra parte (Rom., 5, 5), *que el amor de Dios está derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos es dado*. Este mismo modo de hablar tiene, cuando dice (Act., 17, 28), aun de los bienes naturales, que *en Dios vivimos, y nos movemos y somos*. Mas no habrá quien diga que no tenemos ser, y vida, y operaciones distintas de las de Dios.

Tiene la Escritura este modo de hablar, para dar a entender que ni tenemos el bien de nosotros, ni le podemos conservar en nosotros; y algunas veces dice que los tales bienes no son nuestros, ni los obramos

nosotros; así como donde dice el Señor a sus discípulos (*Jn.*, 15, 16): *No me elegisteis vosotros, mas Yo os elegí.* Y en otra parte (*Mt.*, 10, 20): *No sois vosotros los que habláis, mas el Espíritu de vuestro Padre habla en vosotros.* Y porque no entendiese nadie que por esto el hombre no obraba bien y con libertad, dice en otras partes que hace el hombre aquel tal bien, sin hacer mención de que lo hace Dios. *Yo os daré corazón nuevo*, dice Dios en Ezequiel (36, 26), y dice a los hombres en el mismo Profeta (18, 31): *Haced para vosotros corazón nuevo.* San Pablo dice (*Rom.*, 9, 16), *que no es del que quiere, ni es del que corre;* y en otra parte (*Rom.*, 7, 15) dice: *Yo quiero el bien; y (1 Cor.*, 9, 26) *yo corro, y no como a cosa incierta.* Y así en otras muchas partes, para dar a entender que el bien que tienen, lo tienen de Dios, y que en la buena obra concurren Dios y el hombre; mas que la gloria del uno y del otro se debe a Dios, pues todo el bien viene de Él. Y por esta manera de hablar dijo nuestro Señor (*Jn.*, 7, 16): *Mi doctrina no es mía, mas de Aquel que me envió.* Y así pudiera decir: Mis obras no son mías, mi justicia no es mía, mas de Aquel que me envió. Y quien por esta manera de hablar entendiase que el Señor no tenía en Sí mismo sabiduría y doctrina y los otros bienes, claramente se ve cuán gravemente se engañaría. *Mi doctrina no es mía*, quiere decir: No la tengo de Mi mismo, sino de mi Padre. Y así por semejantes palabras no se había de sacar que los justos no tienen en sí propia justicia, sino que no la tienen de sí.

Y de esta manera se concuerda lo que el Concilio Tridentino dice (1), que la justicia es nuestra, porque por ella, sujeta en nosotros, somos justificados; y lo que el Señor aquí dice, y en otra parte (*Jn.*, 14, 24): *La palabra que oisteis no es mía.* Porque aunque este en nosotros, no la tenemos de nosotros, sino dada de la mano de Dios; y por eso se dice ser justicia de Dios.

(1) *Sess.*, 6, *De justificatione*, cap. 7, y *Can.* 11.

CAPITULO 92

Que debemos grandemente huir la soberbia que se suele levantar de las buenas obras, viendo lo mucho que por ellas se merece; y de una doctrina de Cristo de que nos debemos aprovechar contra esta tentación.

Mucha diferencia va de saber una verdad a saber usar de ella como se debe usar. Porque lo primero sin lo segundo, no sólo no aprovecha, mas aun daña; pues como dice San Pablo (1 Cor., 8, 2), *el que piensa que sabe algo, no ha sabido como debe saber.* Y dícelo, porque algunos cristianos sabían que lo sacrificado a ídolos se podía comer como lo que no era sacrificado; y usaron mal de aquesta ciencia, pues comían delante de aquellos que se escandalizaban de verlo comer.

Y heos dicho esto, porque no os contentéis con saber esta verdad, que los que están en gracia del Señor son justos y agradables, con propia gracia y justicia; y que el valor de sus buenas obras es tan alto, que merece que les crezca la gracia y se les dé la gloria; mas procuréis de poner esta verdad en su lugar, pues que hay gentes que usan mal de ella, o por más, o por menos. Los primeros corren peligro de soberbia, y los segundos de pereza y pusilanimidad. Muchos he visto que, por la gracia de Dios, en breve tiempo son libres de grandes males en que mucho tiempo estuvieron, y no son libres en muchos años de los peligros que por las buenas obras que hacen se les ofrecen. Acordaos que dice David (Ps., 139, 6), *que le pusieron lazo los malos cerca de su camino, y que también (Ps., 141, 4) lo pusieron en el mismo camino.* Porque no sólo pretenden nuestros enemigos sacarnos del buen camino, incitándonos a que hagamos mal, mas también lo ponen en el mismo camino de las buenas obras, incitándonos a que no usemos del bien como debemos, para que se verifique en nosotros lo que dice el Sabio (Eccl., 5, 12): *Vi otro mal debajo del sol, riquezas allegadas para mal de su dueño;* porque a quien usa mal de la cosa, mejor sería no la tener.

Acaee a éstos, que mirando las buenas obras que

hacen, y oyendo decir lo mucho que por ellas se merece, se les anda la cabeza alrededor con vanidad y altivo complacimento. sin mirar las muchas faltas que en ellas hacen, y sin tenerlas por merced de Dios, como lo son, y sin procurar de pasar adelante, como gente de pequeño y liviano corazón, que con pocas cosas se satisface, siendo razón, como dice San Bernardo, «que, no estemos descuidados mirando lo que tenemos de las cosas de Dios, mas cuidadosos por alcanzar lo mucho que nos falta». Y hay algunos tan ciegos con ignorante soberbia, que aunque su lengua diga otra cosa, mas su corazón siente muy de verdad que por sus merecimientos, sin mirar que son gracia de Dios, está obligado a darles lo que piden y lo que esperan, por tan pura justicia, que si algo les niega, se quejan en su corazón teniéndose por agraviados, y que sirviendo tan bien, no se les hace justicia, negándoles algo.

No os mueva esta mala soberbia; que días ha que se queja Dios de ella en Isaías (58, 2) diciendo: *Pídenme juicios de justicia, y quíerense llegar a Dios y dicen: ¿Por qué ayunamos y no lo miraste, y humillamos nuestras ánimas y no lo aprobaste? Y porque esta ponzoña tan peligrosa no entre en vuestra ánima, con otras que de ella se siguen, debéis de tomar aquella excelente doctrina que Jesucristo nuestro Señor dijo en San Lucas (17, 7) de esta manera: ¿Quién de vosotros tiene un siervo que ara o apacienta bueyes, que viniendo del campo, le diga: Luego vete a descansar; y no le diga: Aparéjame lo que he de cenar, y ciñete, y sírveme hasta que yo haya comido y bebido, y después comerás tú y beberás? ¿Por ventura agradece aquel señor a su siervo que hizo las cosas que le había mandado? Pienso que no. Pues así vosotros, cuando hubiéredes hecho todas las cosas que os son mandadas, decid: Siervos desaprovechados somos; lo que éramos obligados a hacer, hicimos. De las cuales palabras debéis sacar cuán provechoso sentimiento es para el cristiano tenerse por esclavo de Dios; pues el Señor nos mandó que así nos llamemos; y esto no con el corazón con que suele servir el esclavo, que es temor y no amor; porque de éste dice San Pablo (Rom., 8, 15): *No recibisteis el espíritu de servidumbre otra vez en temor, mas recibisteis el espíritu de adopción de hijos de Dios, en el cual clamamos, diciendo a Dios: Padre, Padre.**

Porque como San Agustín dice: La diferencia, en breve, de la Ley vieja al Evangelio, es la que hay de temor a amor.

Y así, dejando aparte este *espíritu de servidumbre*, porque no es de *hijos de Dios*, y el *espíritu del temor*, por imperfecto—aunque no malo, pues es don de Dios temerle, aun por las penas—, entendido por nombre de *siervo* a un hombre que se tiene por sujeto a Dios por más fuertes y justas obligaciones que ningún esclavo lo es de otro hombre, por muy caro que le haya costado. Y mirando a esto, todo lo que dentro de sí o fuera de sí hace de bien, todo lo hace para gloria y contentamiento de Dios, como un esclavo leal, que todo lo que gana lo da a su señor. *Item*, no es flojo ni descuidado en servir hoy, por haber servido muchos años pasados; ni se tiene por desobligado de hacer un servicio, porque ha hecho otro, como dice el Santo Evangelio; mas tiene de continuo una *hambre y sed de justicia* (Mt., 5, 6), que todo lo hecho tiene por poco, mirando lo mucho que ha recibido, y lo mucho que merece el Señor a quien sirve. Y así cumple lo que dice San Pablo (*Philip.*, 3, 13), *que olvidando las cosas pasadas, se esfuerza a servir de nuevo en lo porvenir*. Y también entiende, que de lo que hace, por mucho que sea, ni le viene provecho a Dios, ni es Dios obligado a le agradecer a él lo que hace, mirando a las obras como a nacidas de solas nuestras fuerzas y natural, pues no le puede pagar aun lo que le debe. Y por esto dice el Santo Evangelio: *Cuando hubiéredes hecho todas las cosas que os fueren mandadas, decid: Siervos somos sin provecho; lo que debíamos hacer hicimos*. Sin provecho digo, para Dios; que para sí ganan la vida eterna, como se dirá en el capítulo siguiente.

Y de esta manera entendido el nombre de esclavo, veréis que es nombre de humildad, obediencia, diligencia y amor. El cual sentimiento tuvo la sagrada Virgen María cuando, enseñada por el Espíritu Santo, respondió (*Lc.*, 1, 39): *He aquí la esclava del Señor; sea hecho en Mí según tu palabra*. Su propia bajeza confiesa; su servicio y amor liberalmente ofrece, sin atribuirse a Sí misma otra honra ni otro interés, mas de tener cuenta de servir como esclava en lo que el Señor le mandase para gloria de Él, todo lo cual sintió y dijo en llamarse nombre de *esclava*. De este mismo nombre se precia y se nombra San

Pablo, cuando dice (*Rom.*, 1, 1): *Pablo, siervo de Jesucristo*. Y, finalmente, así lo han de sentir todos los que sirven a Dios. altos o bajos, si quieren que no se les torne en daño el servicio.

Aprovechaos, pues, vos, de esta verdad, y hallaréis gran remedio contra los peligros que de las buenas obras suelen nacer, no por naturaleza de ellas, sino por la imperfección de quien las hace. Y usad a decir con la boca y el corazón muchas veces: *Esclava soy de Dios, por ser Dios quien es, y por mil cuentos de beneficios que de su mano he recibido; y por mucho que haga por Él, no le pagaré un paso que por mí dió hecho hombre, ni el menor de los tormentos que por mí pasó, ni un pecado que me ha perdonado, ni otro de que me haya librado, ni un propósito bueno que me ha dado para le servir, ni un día del cielo que espero alcanzar. Y menor soy, como dijo Jacob (*Gen.*, 32, 10), que cualquiera de las misericordias de Dios. Y si dice el Señor que los que hacen *todo lo que les es mandado* se deben humillar y decir: *Siervos somos sin provecho; lo que debíamos hacer hicimos, ¿cuánto más me debo yo humillar, pues en tantas faltas caigo por ignorancia, o flaqueza o malicia? Esclava soy, y mala esclava, y no sirvo a Dios como puedo ni debo; y si a lo que yo merezco hubiese mirado, ya ha días que me hubiera enviado al infierno por los pecados que he hecho, y por otros muchos en que justamente me pudiera haber dejado caer.**

Este, pues, sea el sentimiento que de vos tengáis, y éste sea el lugar donde os pongáis, pues de vuestra parte así lo merecís. Y vuestro cuidado sea servir al Señor lo mejor que pudiéredes, sin echar de ver en ello, y sin pensar que por ello os debe Dios agradecerimiento, *ni que podéis responder a lo que debéis, ni uno por mil*, como dice Job (9, 3). Y cuando oyéredes decir lo mucho que merecen las buenas obras, no alivianéis vuestro corazón, sino decid: «Merced tuya es, Señor; gracias sean dadas a Ti, que tal valor das a nuestros indignos servicios.» De manera, que siempre os quedéis en vuestro lugar de negligente e indigna esclava.

CAPITULO 93

Que allanado el hombre y humillado con lo ya dicho en el capitulo pasado, puede gozar de la grandeza que el Señor se dignó dar a las obras de los justos, con seguridad y hacimiento de gracias.

Asegurada, pues, vuestra ánima de los peligros ya dichos con este sentimiento que el Señor nos enseña, podréis gozar con seguridad de la grandeza y valor que el Señor da a los suyos; y lo bendeciréis, porque a los que son esclavos de naturaleza, les infunde Él su gracia, con la cual son hechos hijos adoptivos de Dios; *y si hijos, herederos juntamente con Cristo*, como dice San Pablo (Rom., 8, 16). Y porque los recibidos por hijos de Dios es razón que vivan y obren conforme a la condición de su Padre, dales el Señor el Espíritu Santo, y muchas virtudes y dones con que le puedan servir y cumplir su Ley y tenerle contento. Y aquellos cuyos servicios, por grandes que fuesen, mirados en sí, no subían de los tejados arriba, han ya bebido del agua de la gracia, que es tan poderosa, que *se les ha hecho una fuente en sus entrañas, que salta hasta la vida eterna (Jn., 4, 14)*; con el valor de la cual, las buenas obras, por pequeñas que sean, *suben hasta la vida eterna*, porque la merecen por las causas ya dichas.

Mirad lo que va de vos, mirándoos en vos, a vos mirándoos en Dios y en su gracia. De vos, sois una gran suma de deudas, y por mucho que hagáis, no sólo no podréis merecer la vida eterna, mas ni aun pagar lo que debéis. Mas en Dios y su gracia, el mismo servicio que sois obligada a hacer, os he recibido por merecimiento de la vida eterna. Y no siendo el Señor obligado a vos para agradeceros ni pagaros lo que por Él hiciéredes, ordena las cosas de tal arte, que las buenas obras de los suyos sean galardonadas con poseerlo a Él en el cielo. Y aunque para hacerlo así no debe Dios nada *a nadie* por quien Él es, mas débelo *a Sí mismo*, cuya ordenación es muy justo y debido que se cumpla, y muy por entero. Glorificad, pues, a Dios por estas mercedes; y entended, que si Dios no hubiera sido misericordioso Padre a San Pablo en darle una vida llena de buenos merecimientos,

no osara él decir (2 *Tim.*, 4, 8), ya que estaba cerca de su muerte, que *le habia de dar corona de justicia el justo Juez*. Coronóle Dios por justicia, mas Él le dió primero los merecimientos de la gracia. Y así todo redundaba en gloria de Dios: o de justo galardoador del bien hecho, o de misericordioso y primero dador del bien que hicimos. Lo cual ninguno debe negar, sino el que quiere privar a Dios de su honra.

Poneos, pues, en vuestro propio lugar, y teneos por digna de infierno y de todos los males, y por indigna del menor de los bienes. Y no desmayéis por aquella bajeza; mas hollada toda pusilanimidad, esperad en la misericordia de Dios, que pues os ha puesto en su camino, os esforzará en él para que lo llevéis adelante, hasta que cojáis en la vida eterna el fruto de las buenas obras que aquí por su gracia hicisteis.

CAPITULO 94

Que del amor que tenemos a nosotros mismos habemos de sacar el amor que debemos tener a los prójimos.

Pues ya habéis oído con qué ojos habéis de mirar a vos misma y a Cristo, resta—para cumplimiento de las palabras del Profeta, que os dice que *veáis*—, con qué ojos debéis de mirar a los prójimos; para que así de todas partes tengáis luz, y ningunas *tinieblas os hallen* (*Jn.*, 12, 25).

Y para esto habéis de notar que aquél mira bien a sus prójimos, que los mira con ojos que pasan por sí mismo, y que pasan por Cristo. Quiero decir; tiene un hombre trabajos quanto a su cuerpo, o tristezas o ignorancias y flaquezas quanto a su ánima. Claro es, que siente pena con el calor y frío, y le duele la enfermedad, y desea no ser desechado ni despreciado por sus flaquezas, mas sufrido y remediado y apiadado. Pues de esto que pasa en él, así en sentir los trabajos, como en desear el remedio de ellos, aprenda y conozca lo que el prójimo siente, pues es de la misma flaca naturaleza de él; y con aquella compasión le mire y remedie y le sufra, con que mira a sí mismo y desea ser remediado. Y así cumplirá lo que la Escritura dice (*Eccli.*, 31, 18): *De ti mismo*

entiende las cosas que son de tu prójimo (1). Porque de otra manera, ¿qué cosa puede ser más abominable, que querer misericordia en sus yerros, y venganza contra los ajenos? ¿Querer que todos le sufran con mucha paciencia, pareciéndole sus yerros pequeños, y no querer él sufrir a nadie, haciendo de la pequeña mota del ajeno defecto una gran viga? Hombre que quiere que todos miren por él y le consuelen, y él ser desabrido y descuidado para con los otros, no merece llamarse hombre, pues no mira a los hombres con ojos humanos, que deben ser piadosos. La Escritura dice (*Prov., 20, 10*): *Tener peso y peso, y medida y medida, abominación es delante de Dios*; para dar a entender, que quien tiene una medida grande para recibir, y otra pequeña para dar, que es desagradable delante sus ojos. Y su castigo será, que pues él no mide a su prójimo con la misericordia que quiere que midan a él, que le mida Dios a él con la crueldad y estrecha medida con que él midió a su prójimo. Porque escrito está (*Mt., 7, 2*): *Con la medida que midiéredes seréis medidos*; y (*Jac., 2, 13*): *Juicio sin misericordia será hecho al que no hiziere misericordia*.

Pues, doncella, en cualquier cosa que en vuestro prójimo viéredes, mirad qué es lo que vos sentís, o querriades que otros sintiesen de vos, si aquello os acaeciese; y con aquellos ojos que *pasan por vos* compadeceos de él, y remediadlo en cuanto pudiéredes; y seréis medida de Dios con esta piadosa medida que vos midiéredes, según su palabra (*Mt., 5, 7*): *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*. Y así habréis sacado conocimiento del prójimo de vuestro propio conocimiento, y seréis piadosa para con todos.

CAPITULO 95

Que del conocimiento del amor que Cristo nos tuvo habemos de sacar el amor que debemos tener a los prójimos.

Agora mirad cómo lo habéis de sacar del conocimiento de Cristo.

(1) Véase la Carta 12, n. 7.

Pensad con cuánta misericordia se hizo el Hijo de Dios hombre por amor de los hombres, y con cuánto cuidado procuró en toda su vida el bien de ellos; y con cuán excesivo amor y dolor ofreció en la cruz su vida por ellos. Y así como, mirándoos a vos, mirasteis a los prójimos con ojos humanos, así mirando a Cristo, lo miraréis con ojos cristianos; quiero decir, con los ojos que Él los miró. Porque si Cristo en vos mora, *sentiréis* de las cosas como *Él sintió*, y veréis con cuánta razón sois obligada a sufrir y amar a los prójimos; a los cuales Él amó y estimó como la cabeza ama a su cuerpo, y el esposo a su esposa, y como hermano a hermanos, y como amoroso padre a sus hijos. Suplicad al Señor que os abra los ojos con que veáis el encendido fuego de amor que en su Corazón ardía cuando subió en la cruz por el bien de todos, chicos y grandes, buenos y malos, pasados, presentes y por venir, y por los mismos que le estaban crucificando. Y pensad que este amor no se le ha resfriado; mas si la primera muerte no bastara para nuestro remedio, con aquel amor muriera ahora, que entonces murió. Y como una sola vez se ofreció al Padre en la cruz corporalmente por nuestro remedio, así muchas veces se ofrece en la voluntad con el mismo amor.

Pues decidme, ¿quién podrá ser cruel a los que Cristo fué tan piadoso? ¿Cómo hallará puerta para codiciar mal al que Dios le desea todo bien y salvación? No se puede decir ni escribir, el entrañable amor que se engendra en el corazón del cristiano que mira a sus prójimos, no según lo de fuera, así como riquezas o linaje, o cosas semejantes, mas como a unos entrañables pedazos del cuerpo de Jesucristo, y como cosa conjuntísima a Cristo con toda manera de parentesco y de amistad. Porque, según dice el refrán: Quien bien quiere a Beltrán, bien quiere a su can, ¿qué tanto os parece que querrá un amador de Cristo a sus prójimos, viéndoles que son cuerpo místico de Él, y que ha dicho el mismo Señor por su boca (*Mt.*, 25, 40, 45), *que el bien o el mal que al prójimo se hiciera, el Señor lo recibe como hecho a Sí mismo?* Y de considerar profundamente aquestas palabras viene el buen cristiano a conversar con sus prójimos con una reverencia profunda y amor entrañable, y mansedumbre blanda para lo[s] sufrir, y vigilante cuidado de no les enojar ni dañar, antes

aprovechar y alegrar; que le parece que con el mismo Cristo conversa, pues a Él mira en ellos; de los cuales se tiene en su corazón por más esclavo y más obligado a los aprovechar, que si por gran suma de dineros fuera comprado. Porque mirado el precioso precio que Jesucristo dió por un hombre, cuando con su preciosa sangre lo compró en la cruz, ¿qué debe hacer este tal, sino ofrecerse todo a servicio de Cristo, deseando que se ofrezcan cosas en que enseñe su agradecimiento y su amor? Y como oye de la boca de Dios: *Si me amas, apacienta mis ovejas* (Jn., 21, 17). Y (Mr., 9, 36): *Quien a un chiquito de éstos recibe, a Mí me recibe*. Y (Mt., 25, 40): *Quien hace obras de misericordia a uno de éstos, a Mí las hace*, tiene por señalada merced que tenga tan cerca de sí tan buen aparejo en que mostrar y ejercitar el amor que él tiene a Jesucristo; *pareciéndole* el trabajo que por el prójimo pasa, pequeño, y los años breves, *por la grandeza del amor* que a Cristo tiene por Sí, y a ellos por Él y en Él (Gen., 29, 20). Y trae a la continua en su corazón lo que el Señor amoroso tan estrechamente mandó cuando dijo: *Mi mandamiento es aquéste: que os améis unos a otros como Yo os amé* (Jn., 15, 12).

CAPITULO 96

De otra consideración que nos enseña mucho el cómo nos habemos de haber con los prójimos.

Y añadid a esto otra consideración con que habéis de mirar a los prójimos; y es, que aunque, por una parte, sea gran verdad que de los bienes que el Señor hace a uno no busca, ni quiere retorno; mas mirándolo por otra parte, ninguna cosa da, de la cual no lo quiere: no para Sí—pues Él es riquísimo, sin poder crecer en riquezas; y lo que da, por amor puro lo da—; mas el retorno que quiere es para los prójimos, que tienen necesidad de ser estimados, amados y socorridos; así como si un hombre hubiese prestado a otro muchos dineros, y hecho otras muchas buenas obras, y le dijese: «De todo esto que por vos he hecho, yo no tengo necesidad de vuestra paga; mas todo el derecho que contra vos tenía, lo cedo y traspaso en la persona de fulano, que es

necesitada, o es mi pariente o criado; pagadle a él lo que a mí me debéis. y con ello me doy por pagado.»

De este arte entre el cristiano en cuenta con Dios, y mire lo que de Él ha recibido, así en los trabajos y muerte que el Hijo de Dios pasó por él, como en las misericordias particulares que después de criado le ha hecho, no castigándole por sus pecados, no desechándole por sus flaquezas, esperándole a penitencia y perdonándole cuantas veces ha pedido perdón; dándole bienes en lugar de males, con otras innumerables mercedes que no se pueden contar. Y piense que esta amorosa contratación de Dios con él, le ha de ser un dechado y regla para la conversación que él ha de tener con su prójimo; y que el intento con que Dios ha obrado en él tantas mercedes es para darle a entender, que aunque el prójimo no merezca por sí ser sufrido ni amado ni remediado, quiere Dios que el bien que el otro por sí no merece, le sea concedido por lo que él debe a Dios, y se conozca por obligado y esclavo de los otros, mirando a Dios, el que mirando a ellos se hallaba no deber nada a nadie, y que el título con que el necesitado le pida remedio, sea éste: «Haced esto conmigo, pues Dios así lo ha hecho con vos.»

Y tema mucho el tal hombre no sea cruel o desamorado con quien lo ha menester, porque Dios no lo sea para con él, quitándole los bienes que le había dado, y castigándole como a desagradecido al perdón de los males pasados; como lo hizo con aquel mal siervo (*Mt.*, 18, 24...). que habiendo recibido de su señor perdón de diez mil talentos, fué cruel para con su prójimo, encarcelándole porque le debía cien maravedís, sin le querer dar suelta ni espera. Y aquel señor, que por haberle destruído su siervo hacienda de diez mil talentos, no se lee haberse enojado con él, antes usado de tanta misericordia, que pidiéndole su esclavo espera, le dió suelta y perdón de la deuda, está ahora tan enojado por la crueldad que con su prójimo hizo; que reprendiéndole ásperamente, le dijo: *Siervo malo, te perdoné yo todo lo que me debías, porque me rogaste; pues ¿no fuera razón que hubieras tú misericordia de tu prójimo, como yo la hube de ti?* Y con este enojo lo entregó a los atormentadores hasta que pagase toda la deuda, que ya le había soltado. No porque Dios castigue los pecca-

dos ya una vez perdonados, mas castiga la ingratitud del perdonado, la cual es mayor, cuanto el perdón fué de más y mayores pecados. Y aunque es de creer que este tal siervo llamase a su señor, mas responderíale lo que está escrito (*Prov.*, 21, 13): *El que cierra su oreja al clamor del pobre, dará voces él y no será oído.*

Entended, pues, doncella, que mirándoos a vos, y mirando a Cristo quién es, y los bienes que de su mano habéis recibido, es razón que se engendre en vuestro corazón una estima y amor con el prójimo, que ninguna cosa sea parte para os la quitar. Y cuando vuestra carne os dijere: ¿Qué le debo yo a aquél para hacerle bien? ¿y cómo le amaré, habiéndome él hecho mal a mí?, responded que quizá la cyérades, si la causa de vuestro amor fuera el prójimo; mas pues es Cristo, el cual recibe el bien al prójimo hecho, y el perdón al prójimo dado, como si a El mismo se diera, ¿qué parte puede ser para estorbar el amor y buenas obras el ser el prójimo quien fuere, o hacerme el mal que quisiere, pues yo no tengo cuenta con él sino con Cristo? Y de esta manera arderá en vuestro corazón la caridad de tal arte, que (*Cant.*, 8, 7) *las aguas muchas de malas obras que nos sean hechas no la podrán apagar*, mas saldrá vencedora, y subirá hacia arriba como viva llama, y conversaréis con vuestros prójimos, sin que tropecéis ni perdáis vuestra virtud, porque ellos la pierdan. Y así dice David (*Ps.* 118, 165): *Mucha paz tienen, Señor, los que aman tu Ley, y no tienen tropiezo.* La cual Ley, la de la caridad es, con que se suma y cumple toda la Ley, como dice San Pablo (*Rom.*, 13, 8): *Quien al prójimo ama, la Ley ha cumplido.*

Y esta estima del prójimo, con que le honramos como a hijo de Dios adoptivo, y como a hermano de Jesucristo nuestro Señor, y este amor que como a cosa tan suya le tenemos, es lo que San Pablo encomienda a los Filipenses (2, 4) y a nosotros en ellos, diciendo: *Teneos con la humildad unos a otros por mayores; y no tengáis cuenta con vuestro interés, mas con lo que cumple a los otros; y esto sentid a ejemplo de Jesucristo, que teniendo forma de Dios, se humilló a tomar forma de siervo; lo cual fué para aprovecharnos.* Y estas dos mismas cosas, humildad y amor con los prójimos, nos enseñó, y encomendó

el mismo Señor en aquel admirable hecho que cercano a la muerte quiso hacer, lavando los pies a sus discípulos; en lo cual se denota humildad por ser oficio tan bajo, y caridad por ser provecho del prójimo. Las cuales dos cosas, quiere que de él aprendamos, siendo pequeños siervos y discípulos suyos, pues el Señor y Maestro lo quiso hacer.

Confortada, pues, con este ejemplo, y con lo ya dicho, pesad a los prójimos con peso de que son adoptados de Dios, y se dió por ellos Jesucristo en la cruz; ypreciad y honrad vos a quien Dios tanto honró, y amad a los que son conjuntos con Él como esposa muy amada, y miembros de su cabeza. Y así tendréis el amor fundado y fuerte; porque el que de estas fuentes no nace, muy flaco es, y luego se cansa y se seca, y como casa edificada sobre movediza arena, a cualquier combate y ocasión que se le ofrezca da consigo en el suelo.

CAPITULO 97

Comiézase a tratar de la palabra del verso que dice: «Olvida tu pueblo.» Y de dos bandos que hay de hombres, buenos y malos, y de los nombres que los malos tienen, y de sus varios intentos.

Síguese otra palabra, que dice: OLVIDA TU PUEBLO, Y LA CASA DE TU PADRE. Para declaración de la cual es de notar, que todos los hombres son repartidos en uno de dos bandos o ciudades diversas, una de buenos, y otra de malos. Las cuales ciudades no son distintas por diversidad de lugares, pues los ciudadanos de una y de otra viven juntos, y aun dentro de una casa, mas por diversidad de afecciones. Porque, según dice San Agustín (1): «Dos amores hicieron dos ciudades. El amor de sí mismo, hasta despreciar a Dios, hizo a la ciudad *terrenal*. El amor de Dios, hasta despreciar a sí mismo, hizo la ciudad *celestial*. La primera ensálzase en sí misma; la segunda, no en sí, mas en Dios. La primera quiere ser honrada de los hombres; la segunda tiene por honra tener la conciencia limpia delante los ojos de Dios. La primera ensalza su cabeza en su propia honra; la

(1) De la Ciudad de Dios, lib. 14, cap. 28.

segunda dice a Dios (Ps. 3. 4): *Tú eres mi gloria, y el que alzas mi cabeza*. La primera es deseosa de mandar y señorear; en la segunda sirvense unos a otros por caridad; los mayores aprovechan a los menores, y sus menores obedeciendo a sus mayores. La primera atribuye la fortaleza a sus fuerzas, y gloriase en ellas; la segunda dice (Ps. 17, 2): *Amete yo, Señor, fortaleza mía*. En la primera los sabios de ella buscan los bienes criados; o si *conocieron al Criador no le honraron como a tal, mas tornáronse vanos en sus pensamientos, y diciendo: Somos sabios, tornáronse necios* (Rom., 1, 21...); mas en la segunda ninguna otra sabiduría hay sino el verdadero servicio de Dios, y espera por galardón honrar al mismo Dios, en compañía de los santos hombres y ángeles, *para que sea Dios todas las cosas en todos* (1, Cor., 15, 28). De la primera ciudad son ciudadanos todos los pecadores; de la segunda todos los justos. Y porque todos los que de Adán descienden —sacando al Hijo de Dios y a su bendita Madre— son pecadores aun en siendo engendrados; por tanto, todos somos naturalmente ciudadanos de aquesta ciudad; de la cual Cristo nos saca por gracia, para hacernos ciudadanos de la suya.

Esta mala ciudad, que es congregación, no de plazas ni calles, mas de hombres que se aman a sí y presumen de sí, se llama por diversos nombres que declaran la maldad de ella.

Llámase *Egipto*, que quiere decir *tinieblas* o *angustia*; porque los que en esta ciudad viven, o no tienen luz de conocimiento de Dios por no tener fe, o si la tienen, como los cristianos que viven mal, tiénela muerta por no tener caridad, que es la vida de ella. Y por esto dice San Juan (1 Jn., 4, 8), *que el que no ama a Dios, no conoce a Dios, porque Dios es amor*; quiere decir, que no tiene conocimiento amoroso, cual lo deben tener para se salvar. Y así, viviendo los unos en tinieblas de infidelidad, y los otros en tinieblas de pecados, no tienen gozo, sino estrechura y tristeza. Porque, según dice Tobías (5, 12): *¿Qué gozo puedo yo tener, pues no veo la lumbre del cielo?*

Llámase también *Babilonia*, que quiere decir *confusión*. El cual nombre fué puesto cuando los soberbios quisieron edificar una torre que llegase hasta el cielo, para defenderse de la ira de Dios, si quisiese destruir el mundo por agua otra vez; y para hacer

un tal edificio, por el cual fuesen nombrados en el mundo (*Gen.*, 11, 9). Mas impidió su locura el Señor de esta manera, que les confundió el lenguaje, para que así no se entendiesen unos a otros. De lo cual nacieron rencillas, pensando cada uno que hacía el otro burla de él, diciendo uno y respondiendo otro. Y así el fin de la soberbia fué *confusión*, y rencilla y división. Muy propiamente compete este nombre a la ciudad de los malos, pues quieren pecar y no ser castigados; y no quieren huir los castigos de Dios evitando de ofenderle, mas si pudiesen, por fuerza o por maña, pecar y no ser castigados, lo intentarían. Son soberbios, y todo su fin es que se nombre su nombre en la tierra; y hacen torres de obras vanas si pueden, y si no en los pensamientos; los cuales destruye Dios al mejor sabor que ellos están, según está escrito (*Jac.*, 4, 6): *A los soberbios resiste*. Y porque no quisieron vivir en unidad de lenguaje, dando la *obediencia a Dios*, son castigados en que ni ellos se entiendan a sí mismos, ni entiendan a Dios, ni se entiendan unos a otros, ni entiendan cosa criada; pues faltándoles la sabiduría de Dios, ninguna cosa entienden como se debe entender, para su provecho. Cuántas cosas pasan en el corazón de los malos, que los sacan de tiento, y no saben cómo remediarse; ya pidiendo un deseo una cosa y otro otra, y a las veces contraria; ya hacen, ya deshacen; lloran y alégranse, y todo al revés; ya quieren desesperar, ya se ensalzan vanamente; buscan con mucha diligencia una cosa, y después de haberla alcanzado, pésales por haberla buscado, o no hallan en ella lo que pensaban; desean una cosa y hacen otra, siendo regidos, no por razón, mas por pasión.

Y de aquí es, que como el hombre sea *animal racional*, cuya principal parte es el ánima, que ha de vivir según razón, y éstos viven según apetito, viven al revés, pues viven vida bestial, que es vida de cuerpos, y no racional, que es propia vida de hombres. De lo cual nace, que como Dios sea espíritu, y haya de ser servido, no de vida bestial, sino espiritual, estos tales no le sirven, según arriba se dijo, porque su vida es al contrario de la Ley de Él. Y como la unión de los cristianos nazca de la unión de sí mismo en sí, y de la unión de sí con Dios, estos ciudadanos, divididos de Dios, no pueden tener buena ni duradera paz unos con otros; mas antes de sus ha-

blas y obras y juntas, nacen rencillas, viviendo cada uno a su propio querer, sin curar de agradar al otro, y sintiendo cada uno su afrenta e injuria, sin curar de sufrir unos a otros. Estos son los que ni usan de sí, ni de las criaturas al fin que fueron criados, mas a sí mismos y a todas las cosas las quieren para sí, haciéndose último fin de todas ellas; y, por tanto, con justa razón son llamados *Babilonia*, pues que todo anda al revés de su Criador.

Llámanse también *Caldeos*; llámanse *Sodoma*; llámanse *Edón*, con otros mil nombres que representan la maldad de este pueblo, y todos aun no pueden declarar la malicia de él.

Este es el pueblo, el cual es llamado *Mundo*, no por este que Dios crió, porque éste es bueno, como criado por el que es sumamente bueno; mas porque estos hombres tales, ni tienen otro sentido, ni otro amor, sino de esto visible. Lo cual llama San Juan (1 Jn., 2, 16) *soberbia de vida, y codicia de carne, y codicia de ojos*: y quien esto ama, perecerá; mas quien *hiciera la voluntad de Dios, permanecerá para siempre*, dice el mismo San Juan. Y San Pablo dice (Rom., 8, 9): *El que no tiene espíritu de Cristo, no es de Cristo*; y por consiguiente, será del mundo. Y Santiago (4, 4) dice que *el amistad de este mundo, enemistad es con Dios*.

CAPITULO 98

Que nos conviene mucho huir de la mala ciudad de los malos, que es el mundo; y de cuán mal trata a sus ciudadanos; y del espantoso fin que todos ellos tendrán.

Bastantes causas habéis oído para aborrecer este pueblo, y para entender cuánto quiere Dios que salgáis de él para salvaros; porque éste es el espiritual Egipto, del cual mandó Dios a Israel que saliese apriesa, y que caminase, aunque con trabajos, hasta la tierra de promisión. Y éste es el pueblo, del cual Dios mandó a Abraham que saliese, cuando le dijo (Gen., 12, 1): *Sal de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre; y ven a la tierra que Yo te mostraré*; lo cual él cumplió con sencilla obediencia, sin saber dónde iba, como dice San Pablo (Hebr., 11,

8). De este mismo pueblo mandó Dios salir a Lot (*Gen.*, 19, 17), porque no le comprendiesen los castigos que quería enviar; y le mandó que se salvase *en el monte*, que es la alteza de la fe y buena vida. Finalmente, es el pueblo, del cual dice Dios a los que quieren ser suyos (2 *Cor.*, 6, 14): *No queráis tener compañía con los infieles. Porque ¿qué compañía puede tener la maldad con la bondad, o la luz con las tinieblas? O ¿qué junta puede haber entre Cristo y Belial, o entre fiel e infiel? O ¿qué convención puede haber entre el templo de Dios, y los ídolos? Porque vosotros sois templo de Dios vivo, como dice Dios: Yo moraré en ellos, y andaré entre ellos, y seré Dios de ellos, y ellos me serán pueblo mío. Por lo cual salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis cosa suya; y yo os recibiré, y os seré Padre, y vosotros me seréis hijos, dice el Señor todopoderoso.* Oyendo las cuales promesas, os debéis de esforzar a haceros extraña a este mal pueblo, por el bien que se os promete, y por el mal que evitáis.

No es cosa segura estar debajo de una casa, la cual sin duda se ha de caer, y tomar debajo a cuantos en ella estuvieren; y no daríamos pocas gracias a quien de tal peligro nos avisase para huir de él. Pues sabed muy de cierto, y de ello os aviso de parte de Dios, que vendrá día en que espiritualmente se cumpla la visión que vió San Juan acerca de este mal pueblo. cuando dió (*Apoc.*, 18, 1): *Vi otro ángel que descendió del cielo, que tenía gran poder, y que tenía la tierra alumbrada con su resplandor. Y dió una gran voz con su fortaleza; y dijo: Caído, caído ha Babilonia la grande, y hecha es morada de demonios, y casa de todo espíritu sucio, y de toda ave sucia y horrible. Y abajo (v. 21) dió: Tomó un ángel una piedra grande, como de molino, y echóla en la mar, diciendo: Con este impetu será echada la grande ciudad de Babilonia en la mar, y no será más hallada.* Y porque no se descuiden los que desean salvarse, pensando que, teniendo compañía con los malos, no les comprenderán sus azotes, dice el mismo San Juan (v. 4) que oyó otra voz del cielo que dijo: *Salid de ella, pueblo mío, no seáis participantes en sus delitos, y no recibáis de sus plagas. Porque llegado han sus pecados hasta el cielo, y acordádose ha el Señor de las maldades de ella.*

Y aunque sea cosa muy provechosa al que es bue-

no huir aún corporalmente la compañía del malo, y para el que es principiante en la bondad le es casi necesario, si no quiere perderse, mas este *salir de en medio de Babilonia*, que aquí Dios manda, entiéndese. como dice San Agustín, de «salir con el corazón de entre los malos, amandq lo que aborrecen, y aborreciendo lo que aman». Porque mirando lo corporal, en una misma ciudad y en una misma casa están juntas Jerusalén y Babilonia, cuanto al cuerpo; mas si miramos los corazones, muy apartados están; y en uno es conocida Jerusalén, ciudad de Dios, y en otro Babilonia, ciudad de los malos.

OLVIDAD, pues, VUESTRO PUEBLO, y salid al pueblo de Cristo, sabiendo que no podéis comenzar vida nueva, si no salís con dolor de la vieja. Acordaos de lo que dice San Pablo (*Hebr.*, 13, 12), *que para santificar Jesús a su pueblo por su sangre, padeció muerte fuera de la puerta de Jerusalén. Y pues así es, salgamos a Él fuera de los reales, imitándole en su deshonra.* Esto dice San Pablo, amonestándonos que por esto *Cristo padeció fuera de la ciudad*, para darnos a entender que si le queremos seguir, hemos de salir de esta ciudad que hemos dicho, que es congregación de los que a sí mismos mal se aman. Porque bien pudiera Cristo curar al ciego dentro de Bethsaida; mas quiso sacarlo de ella, y así darle vista (*Mc.*, 8, 23), para darnos a entender que fuera de la vida común, que siguen los muchos, hemos de ser curados de Cristo, siguiendo el camino estrecho, por el cual dice la misma Verdad que andan pocos (*Mt.*, 7, 14).

No os engañe nadie; no quiere Cristo a los que quieren cumplir con Él y con el mundo; y por su bendita boca prometió (*Mt.*, 6, 24), *que ninguno puede servir a dos señores.* Y pues Él dijo que no era del mundo (*Jr.*, 8, 23), ni los suyos eran del mundo (15, 19). ni su reino era de este mundo (18, 36), no es razón que vos lo seáis; siquiera porque no paréis en lo que paró el desobediente Absalón (2 *Reg.*, 18, 14), *que colgado de sus cabellos de una encina, fué alanceado con tres lanzas por mano de Joab*, y allí colgado, perdió la vida. Así acaecerá al hombre desobediente al Señor celestial, al cual con su mala vida persigue; cuyos pensamientos y afecciones, como cabellos, le tienen colgado de aqueste mundo, pues todo su fin es cómo será engrandecido en la tierra, y le vaya

bien en esto visible. ¿Mas qué bien le puede ir, pues el árbol de que está colgado es encina, y da fruto a puercos? Y este mundo no contenta ni da fruto sino a hombres bestiales. A los cuales, con las tres lanzas ya dichas, *de soberbia de vida, y codicia de carne, y coccidia de ojos*, alancea el demonio, que es llamado *principe de este mundo* (Jn., 12, 31), porque rige y manda a los malos. El cual así trata a los suyos, que ni aun de manjares de puercos los harta; mas como otro Adonibecec, les tiene *cortados los cabos de los pies y las manos* para hacer cualquier bien, y *puestos debajo de la mesa* (Judic., 1, 6), para que coman, no de plato entero, mas de las migajas que le sobran a él. Hambrientos los tiene de presente, y después los llevará consigo adonde haya eterna hambre y tormentos; porque él otra cosa no puede dar. Tal es su tratamiento, que bastaba, si los mundanos en ello mirasen, para salirse de la compañía del demonio y del mundo, y allegarse a Dios; como hizo el hijo pródigo (Lc., 15, 16), que de verse en oficio tan vil, y que de manjar de puercos aun no se hartaba, cobró seso y consejo para ver qué diferencia iba de estar *en la casa de su padre* o en la casa del mundo, y dejó el mal que tenía, y fué a su padre pidiéndole misericordia, y hallóla.

Haced, pues, vos así; y si queréis que el Señor os reciba, dejad vuestro pueblo. Y si queréis que se acuerde de vos, *olvidad vuestro pueblo*. Si queréis que Él os ame, no os améis desordenadamente a vos. Si queréis que Él cuide por vos, no estéis vos confiada en vuestro cuidado. Si queréis parecerle bien a sus ojos, no os miréis vos complaciéndoos en vos. Y si queréis agradarle, no temáis de desagradar al universo mundo por Él. Y si deseáis hallarle, no dudéis de dejar padre y madre, y hermanos y casa, y aun vuestra propia vida por Él. No porque conviene aborrecer estas cosas, mas porque conviene mirar tan de verdad y con todo vuestro amor a Cristo, que no torzáis un solo cabello el agradar a Él por agradar a criatura alguna, por amada que sea, ni aun por vos misma. San Pablo predica (1 Cor., 7. 29), que *los que tienen mujeres las tengan como si no las tuviesen, los que compran como si no poseyesen, y los que venden como si no vendiesen, y los que lloran como si no llorasen, y los que gozan como si no gozasen*. Y la causa es lo que añade, diciendo: *Porque se pasa presto la*

figura de este mundo. Pues así os digo, doncella, que lo uno, porque presto se pasa; lo otro, porque ya no sois vuestra, así tened padres y hermanos, parientes, casa y pueblo, como si no lo tuvieseis; no para no reverenciarlos y amarlos y obedecerlos, pues la gracia no destruye la orden de naturaleza. y aun en el mismo cielo ha de haber reverencia de hijo a padre, mas para que no os ocupen el corazón y estorben el amor de Dios. Amadlos en Cristo, no en ellos; que no os los dió Cristo para que os sean estorbo a lo que tanto debéis siempre hacer, que es servirle. San Jerónimo cuenta de una doncella, que estaba tan mortificada a la afección del parentesco, que a su propia hermana, aunque era doncella, no curaba de verla, contentándose con amarla por Dios. Creedme, que así como en un pergamino no pueden escribir, si no está muy bien raído y quitado de la carne, así no está el ánima aparejada para que el Señor escriba sus particulares mercedes en ella, hasta que estén en ella muy muertas las afecciones que nacen de la carne.

Leemos que en los tiempos pasados pusieron el Arca de Dios en un carro para que la llevasen dos vacas paridas, y los becerros quedaban en cierta parte encerrados; y aunque las vacas *daban gemidos* por sus hijos, mas nunca dejaron su camino real, ni tornaron atrás, *ni se apartaron*, dice la Escritura (1 Reg., 6, 10), *a la mano derecha, ni a la izquierda*; mas, por el querer de Dios que así lo hacía, llevaban su Arca hasta la tierra de Israel, que era lugar donde Dios moraba. Los que se han puesto encima de sus hombros la cruz de Jesucristo nuestro Señor, que es arca donde [Él] está y se halla muy de verdad, no deben dejar ni retardar su camino por estas afecciones naturales de amor de padres e hijos y casas, y otras cosas semejantes; ni deben gozarse livianamente con las prosperidades de ellos, ni penarse por sus adversidades; porque lo primero es apartarse del camino a la mano derecha, y lo segundo a la izquierda; mas seguir con fervor su camino, encomendando al Señor que guíe a su gloria lo uno y lo otro; y estar tan muertos a estas cosas, como si no les tocasen; o a lo menos no dejarse vencer de la tristeza o del gozo, por lo que a ellos toca, aunque algo lo sientan. Lo cual fué figurado en las vacas, que aunque *daban bra-*

midos por sus hijos. no por eso dejaban de llevar el Arca de Dios.

Y si los padres ven a sus hijos que quieren servir a Dios de alguna manera buena, que a ellos no es apacible, deben mirar lo que Dios quiere; y aunque gimán con amor de los hijos, vénzanse con el amor de Dios, y ofrezcan sus hijos a Dios, y serán semejantes a Abraham (*Gen.*, 22, 10), que quería matar a su unigénito por la obediencia de Dios, no curando de lo que su sensualidad deseaba. Y el dolor natural, que en estos trances se pasa, débese sufrir con paciencia; el cuai aun no irá sin galardón, pues que el Señor ordenó el dicho amor, y por amor de Él se vencen, como quien padece martirio.

Olvidad vuestro pueblo, doncella, y sed como otro Melchisedech (*Hebr.*, 7, 3), del cual no se cuenta que tuviese padre ni madre. ni linaje alguno. En lo cual como San Bernardo dice, se da ejemplo a los siervos de Dios, que han de tener tan olvidado su pueblo y parientes, que sean en su corazón como este Melchisedech en este mundo, sin tener cosa en su corazón que les captive y retarde su apresurado caminar que caminan a Dios.

CAPITULO 99

De la vanidad de la nobleza del linaje; y que no se deben gloriar de él los que quieren ser del linaje de Cristo.

No querría que os cegase a vos la vanidad que a muchos ciega presumiendo de su linaje carnal. Y por tanto, quiéroos decir lo que a una doncella San Jerónimo dice: «No quiero que mires a aquellas doncellas, que son doncellas del mundo y no de Cristo; las cuales, no acordándose de su propósito comenzado, se gozan en sus deleites, y se deleitan en sus vanidades, y gloriánse en el cuerpo y en el origen de su linaje. Las cuales, si se tuviesen por hijas de Dios, nunca, después del nacimiento divino, tendrían en algo la nobleza del cuerpo; y si sintiesen a Dios ser su Padre, no amarían la nobleza de la carne. ¿Para qué te glorías con [la] nobleza de tu linaje? Un hombre y una mujer hizo Dios en el principio del mundo, de los cuales descendió la muchedumbre del

género humano. La nobleza del linaje no la da la igualdad de naturaleza, mas la ambición de la codicia. Y ninguna diferencia puede haber entre aquellos a los cuales el segundo nacimiento engendró; por el cual, así el rico como el pobre, el libre y el esclavo, son de linaje, y sin él no son hechos hijos de Dios. El linaje de carne terrena es obscurecido con el resplandor de la celestial honra, y en ninguna manera ya parece; pues que los que eran antes desiguales por honras del mundo, son igualmente vestidos con nobleza de honra celestial y divina. Ningún lugar hay allí de linaje vano, y ninguno de aquéllos es sin linaje, a los cuales la alteza del nacimiento divino los hermosea. Y si lo hay, es en el pensamiento de aquellos que no tienen en más las cosas celestiales que las humanas; y si las tienen, cuán vanamente lo hacen en tenerse en más que aquéllos por cosas menores, los cuales conocen serles iguales en las cosas mayores; y estiman a los otros como a hombres puestos en tierra debajo de sí, los cuales creen que son sus iguales en las cosas del cielo. Mas tú, quienquiera que eres, doncella de Cristo y no del siglo, huye toda la gloria de la vida presente, para que alcances todo lo que se promete en el siglo que está por venir.» Todo esto dice San Jerónimo.

De lo cual podréis ver cuánto os conviene olvidar vuestro pueblo y casa de padre, sabiendo que lo que de los padres de carne tenéis es ser concebida en pecado, y llena de muchas miserias, y nacida en ira de Dios por el primer pecado de Adán, que mediante nuestra concepción heredamos. Un cuerpo nos dieron tan vergonzosamente engendrado, que es asco pensarlo y vergüenza decirlo; en el cual infundiéndose el ánima cuando es criada, queda manchada con el pecado original, habiéndola Dios criado sin él. Un cuerpo lleno de mil necesidades, y sujeto a enfermedades y muerte, y propio para hacer penitencia en sufrirlo; y es tal, que si un solo corezuelo (1) le quitasen de encima, los muy hermosos serían abominables. Un cuerpo, que mirándolo por defuera blanco, y considerando las cosas que encierra dentro de sí, diréis que es un vil muladar cubierto de nieve. Un cuerpo que pluguiera a Dios que no hubiera más en él, que ser trabajoso y vergonzoso. Mas esto es lo menos;

(1) *Corezuelo*: diminutivo de *cuero*.

porque es el mayor enemigo que tenemos, y el mayor traidor que nunca se vió, que anda buscando la muerte, y muerte eterna, a quien le da de comer y todo lo que ha menester. Un cuerpo, que por haber él un poco de placer, no tiene en nada dar enojos a Dios, y echar el ánima en el infierno. Un cuerpo perezoso como asno, y malicioso más que mula; y si no, probad a dejarlo sin freno, que ande él como quisiere, y descuidaos un poco de guardaros de él, y entonces veréis lo que tiene.

¡Oh vanidad para burlar de los que de linaje presumen! Pues que todas las ánimas Dios las cría, que no se heredan; y la carne que se hereda, es cosa para haber vergüenza y temor. Oigan los tales lo que Dios dijo a Isaías (40, 6): *Da voces. ¿Y qué diré a voces?*, dijo Isaías. Respondió el Señor: *Que toda carne es heno, y toda su gloria como la florecilla del campo.* Voces manda dar Dios, y aun no las oyen los sordos; los cuales más se quieren gloriar de la suciedad que de la carne trajeron, que en la alteza que por el Espíritu Santo les es concedida.

No seáis ciega, esposa de Cristo, ni desagradecida. La estima en que Dios os tiene, no es por vuestro linaje, mas por ser cristiana; no por nacer en la sala entoldada, mas por tornar a nacer en el santo Bautismo. El primer nacimiento es de deshonra; el segundo es de honra. El primero de vileza; el segundo de nobleza. El primero de pecado; el segundo de justificación de pecados. El primero de *carne que mata*; el segundo de espíritu que aviva. Por el primero somos hijos de hombres; por el segundo hijos de Dios. Por el primero, aunque somos herederos de nuestros padres cuanto a su hacienda, somos herederos cuanto a ser pecadores, y llenos de muchos trabajos; mas por el segundo somos hechos hermanos de Cristo, y juntamente herederos del cielo con Él; de presente recibimos el Espíritu Santo, y esperamos ver a Dios faz a faz. ¿Pues qué os parece que dirá Dios al que se precia más [por] ser nacido de hombres para ser pecador y miserable, que por ser renacido de Dios para ser justo, y después bienaventurado? Estos son semejantes a uno que fuese engendrado de un rey en una muy fea esclava, y se preciase él de ser hijo de ella, y la trajese mucho en la boca, y no mirase ser hijo del rey.

Olvidad, pues, vuestro pueblo, para que seáis del

pueblo de Dios. El pueblo malo, ése es el vuestro; y por eso dice: *Olvida tu pueblo*; porque de vos no sois sino pecadora, y muy vil. Mas si os sacudís de eso que es vuestro, recibiros ha el Señor en lo que es suyo, en su nobleza, en su justificación, en su amor. Mas mientras os tuviéredes a vos, no recibiréis a Él. Desnuda os quiere Cristo, porque Él os quiere dotar, que tiene con qué; porque de vos, ¿qué tenéis, sino deudas? *Olvidad vuestro pueblo*, que es ser pecadora, extrañándoos a los pecados pasados, y no viviendo más según mundo. *Olvidad vuestro pueblo*, nopreciando vuestro linaje. *Olvidad vuestro pueblo* con echar de vuestro corazón el bullicio, y haciendo cuenta que estáis en un desierto sola con Dios. *Olvidad*, pues, *vuestro pueblo*, pues tantas razones y tan suficientes hay para lo hacer.

CAPITULO 100

En que comienza a declarar la otra palabra, «Y OLVIDA LA CASA DE TU PADRE». Y de cuánto nos conviene huir la propia voluntad por imitar a Cristo, y por evitar los males que de la seguir vienen.

Síguese otra palabra, que dice: Y OLVIDA LA CASA DE TU PADRE.

Este padre el demonio es; porque, según dice San Juan (1 Jn., 3, 8): *El que hace el pecado, del diablo procede, porque el diablo pecó desde el principio*. No porque él crió o engendró los malos, mas porque imitan sus obras; y de aquél se dice ser uno hijo, según el Santo Evangelio (Jn., 8, 39-41), cuyas obras imita. Este padre malaventurado vive en el mundo, que quiere decir en los malos, según se escribe de él en Job (40, 16): *En la sombra duerme, y en lo secreto de la caña, y en los lugares húmedos*. Sombra son las riquezas; porque no dando el descanso que prometen, mas punzando el corazón con sus congojas como con espinas, experimenta el que las tiene que no son riquezas, mas sombra de ellas, y verdadera necesidad, y que ninguna cosa son menos de lo que suena su nombre. *Caña* es la gloria de este mundo, que cuanto de fuera mayor parece, tanto de dentro está más vacía; y aun lo que de fuera parece, es tan mudable que con razón se llama caña, que a todo viento se mueve. *Lugares húmedos* son las almas re-

lajadas con los carnales deleites, que corren tras ellos sin rienda; contrarias a aquellas, de las cuales dice el Santo Evangelio (Mt., 12, 43), que *saliendo el espíritu sucio del hombre donde estaba, va a buscar donde estar, y anda por los lugares secos buscando holganza, y no la halla*. Porque en las ánimas ajenas de estos carnales deseos no halla el demonio posada, mas en las codicias, honras y deleites, es su aposento. Por lo cual se dice *el príncipe de este mundo* (Jn., 12, 31) y regidor y señor de él; no porque lo haya criado, mas porque los malos, que son de Dios por creación, quieren ser de él por imitación, conformándose con su voluntad, para que con justicia sean también conformes con él en la infernal pena, como les será crudamente dicho el día postrero, por boca de Cristo (Mt., 25, 41): *Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado al diablo y a sus ángeles*.

Y si bien consideramos cuál sea esta *casa del demonio*, hallaremos que es la propia y mala voluntad de los malos, en la cual se asienta el demonio como rey en silla, mandando desde allí a todo hombre. *Olvidar*, pues, *la casa de vuestro padre* no es otra cosa sino olvidar y quitar la voluntad propia, en la cual algún tiempo aposentamos a este mal padre, y abrazar con entero corazón la divina, diciendo (Lc., 22, 42): *No mi voluntad, Señor, sino la tuya sea hecha*. El cual amonestamiento es de los más provechosos que se nos pueden hacer; porque quitada nuestra voluntad, quitaremos los pecados que nacen de ella, como ramos de raíz. Lo cual denota San Pablo, que contando muchedumbre de pecados que en los días postreros había de haber, primero dice (2 Tim., 3, 2), *que serán los hombres amadores de sí mismos*; dándose a entender, como dice la glosa, que el desordenado amor de sí, es raíz y cabeza de todos los pecados; el cual quitado, queda el hombre en sujeción de Dios, de la cual le viene su bien.

Item, la causa de nuestros desabrimientos, tristezas y trabajos, no es otra cosa sino nuestra voluntad, la cual querriamos que se cumpliese, y porque no se cumple tomamos pena. Mas esto quitado, ¿qué cosa puede venir que nos pene, pues no nace la tristeza de venir el trabajo, mas de no querer que nos venga? Y no sólo se quitan las penas de acá, mas del otro mundo. Porque, como San Bernardo dice: «Cese la voluntad propia, y no habrá infierno.»

Mas, así como es la cosa más provechosa de todas negar nuestra voluntad, así es la cosa más trabajosa que hay. Y aun por mucho que trabajemos, no saldremos con ello, si aquel Señor que mandó *quitar la piedra* de la sepultura de Lázaro muerto, no quita esta dureza que tiene muertos a los que debajo toma; y si no mata a este fuerte Goliat, al cual no hay quien le pueda vencer, sino el que es invencible. Mas aunque nosotros no podamos librar nuestro cuello de estas cadenas, no por eso debemos dejar de esforzarnos, según las fuerzas que el Señor nos diere, llamándole con corazón, y considerando los males que de seguirla nos vienen, y los bienes que de no seguirla. *Item*, los altos ejemplos de Cristo, el cual dice de Sí (*Jn.*, 6, 38): *Descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, mas la de Aquel que me envió*; y esto no en cosas de poca importancia, como algunos hacen, mas en las cosas de afrenta, y que llegan, como dicen, al ánima; tal era el padecer Cristo pasión por nosotros. Mas en ella se conformó con la voluntad de su Padre, echando de Sí la voluntad de su carne, que era no padecer; para darnos ejemplo, que ninguna cosa nos debe ser tan amada, que si Dios lo manda, no la desechemos; ni tan penosa, que por Él no la abracemos.

CAPITULO 101

De un ejercicio para negar la propia voluntad; y de la obediencia que se debe tener a los mayores; la cual es camino para alcanzar la abnegación de la propia voluntad; y cómo se habrá el superior con los súbditos.

Y porque no se puede subir a lo alto, si primero no comienzan de lo bajo, os aviso que para subir a esta alteza de negar vuestra voluntad en cosas mayores, os acostumbréis a negarla en cosas menores; y no para quedaros en ellas, mas para pasar por ellas a lo que es mayor. Ninguna cosa hagáis, penséis ni habléis, que vaya guiada por cumplir con vuestra gana o voluntad; mas en sintiéndoo aficionada a algo de esto, entended que no estáis para lo hacer. Porque las cosas no os han de llevar a vos cautiva hacia sí mismas, mas vos con libertad cristiana traedlas a ellas a vos. Antes que comáis habéis de mortificar el

apetito de la gula, y ordenar la comida a obediencia de Dios, que manda que comáis para sustentar vuestra vida. Y antes que entendáis en la hacienda habéis de mortificar la codicia, y después entender en la obra porque Dios lo manda, para vuestras necesidades y de vuestros prójimos. Y por estos ejemplos entenderéis que en todas las cosas habéis de quitar la propiedad de vuestra voluntad, y hacerlas porque Dios lo manda, o vuestros mayores.

Y acordaos que ésta es la manera como los viejos del yermo criaban a sus discípulos, quitándoles lo que querían, y haciéndoles obrar lo que no querían, para que en todo y del todo tuviesen negada su voluntad. Y del que en estas cosas bien aprobaba, tenían buena esperanza que llegaría a la perfección; y del otro sentían mal, porque les parecía que quien en cosas pocas faltaba, más faltaría en las mayores; y que una voluntad acostumbrada a hacer lo que quiere en cosas de poca importancia, se hallará muy rebelde para negarse en las mayores. Por tanto, hacedos baja y *sujeta a toda criatura*—como dice San Pedro (1 *Petr.*, 2, 13)—y que pueda quienquiera pasar por vos, y hollar y contradecir a vuestra voluntad, como a un poco de lodo. Y a quien más os ayude a esto, más le amad y agradeced, porque os ayuda a vencer vuestros enemigos, que son vuestro parecer y vuestra voluntad.

Haced, pues, cuenta que vuestra madre en vuestra abadesa (1), a la cual obedeced con profunda humildad, sin cansaros. Y no seáis como algunas que en tomando tocas honestas, se desmandan, y echan de sí la obediencia de sus padres y mayores, no obediéndoles, estando en casa. Y algunas salen de casa sin licencia, y todo con título de servir a Dios; como en la verdad no haya cosa más contraria de ello, como lo que éstas hacen. Cristo, obediente fué a su Padre en vida y en muerte; y también obedeció a su Santísima Madre, y al Santo José, como cuenta San Lucas (2, 51). Y no piense nadie de poder agradar sin obediencia al que tan amigo fué de ella, que por no la perder, perdió la vida en la cruz. Y no os espantéis de que tanto os encomiende la obediencia; porque como el mayor peligro que tiene vuestro estado es no

(1) Doña Sancha Carrillo, a quien va dirigido este libro, vivía vida retirada en la casa paterna.

estar encerrada, si nos os proveéis con huir mucho de vuestra voluntad y ser sujeta a la ajena, será añadir peligro a peligro, e iros ha mal; porque vuestra seguridad está en no querer libertad.

Y por esto no os contentéis con obedecer a vuestros padres, mas también lo haced a los mayores que en vuestra casa estuvieren. Y si del todo queréis ser obediente, también obedeced a los menores, si la orden de casa no se perturba por esto. Mas si es menester que vos los mandéis en lo de fuera, teneos por sujeta a ellos en lo de dentro. Y para hacer esto con mayor esfuerzo, acordaos de cuando el soberano *Maestro y Señor* (*Jn.*, 13, 14) se hincó de rodillas, como si fuera sujeto o menor, a lavar los pies de aquellos que bien le querían, y de aquel que empleó los pies lavados en ir a entregar a la muerte al que con tanta humildad y amor se los había lavado. Acordaos muchas veces de aqueste paso, y traed en vuestra ánima aquella palabra que entonces dijo: *Si yo, siendo Señor y Maestro, os lavé los pies, ¿cuánto más debéis vosotros lavarlos unos a otros?*

Y así amad a los menores que estuvieren en vuestra casa, como si fuérades padre o madre de ellos. Y trabajad por ellos en lo que os hubieren menester como si fuérades su esclava, llevando con paciencia la pesadumbre de sus condiciones, y demasia de sus palabras, y aun las injurias de obra. No seáis humilde para los de fuera de casa, y soberbia para los que están en ella. Ejercitad la virtud con los que tenéis más cerca y más a la mano, y ensayaos en vuestra casa para saber conversar fuera de ella.

Y acordaos de aquella santa mujer enseñada por Dios, Santa Catalina de Sena, cuya vida deseo que leáis, no para desear sus revelaciones, sino para imitar sus virtudes. Que, aunque sus padres la estorbaban el camino que ella tomaba para servir a Dios, no se turbó ni los dejó. Fuera de la celda la echaron, donde ella tenía sus santos ejercicios; y en lugar de ella, la pusieron que sirviese en la cocina; mas porque se humilló y obedeció, halló a Dios en la cocina tan bien o mejor que en la celda. No os ahoguéis vos, si al tiempo que queréis rezar os mandaren vuestros padres o Prelados hacer otra cosa; mas ofreciendo vuestro deseo al Señor, haced lo que por vuestros mayores os fuere mandado, con mucha humildad y sosiego, teniendo confianza que obedeciendo a vuestros

tros mayores, obedecéis a Dios; pues que está mandado por Él en su cuarto Mandamiento.

Y no por esto se excusa que podéis vos pedir con humildad a vuestros padres que os den algún lugar apartado y algún tiempo desocupado para vuestros espirituales ejercicios; y habiendo primero pedido al Señor, confiad en su bondad, que ahora os lo concedan, ahora no todo será para vuestro provecho, si vos osáis tomarlo como de la mano de Dios, con obediencia y sosiego. Y vuestros padres darán cuenta al Señor—y no cualquier cuenta—de lo que os mandan a vos. Lo cual vos no miréis, mas conviene que lo miren ellos; pues como San Ambrosio dice, «es merced de nuestro Señor, y muy provechosa, tener hijo o hija que quiera servir a Dios en virginidad, con desprecio del mundo y particular llamamiento de vida espiritual.»

CAPITULO 102

Que no todo lo que deseamos o pedimos se ha de llamar propia voluntad. Y cómo conoceremos lo que el Señor quiere de nosotros.

Si bien habéis mirado lo que se os ha dicho en estas palabras pasadas, veréis que dos cosas se os han encomendado: Una, que no tengáis voluntad propia; y otra, que sigáis la de Dios.

Y para declaración de estas dos partes, conviene deciros que el desear y pedir a Dios particularmente que os libre de algún mal espiritual, en que más peligro corréis, u os dé alguna virtud que particularmente habéis menester, no es vicio de voluntad propia, sino medio, y muy bueno, para hacer la voluntad de Dios, que nos manda apartar del mal y hacer el bien. Porque si bien miráis, el pedir la cosa en particular, por la particular necesidad que en ella hay, ayuda a pedirse con mayor eficacia y más profundo gemido; las cuales son partes para que Dios fácilmente conceda lo que se le pide; lo cual por ventura no concediera, pidiéndose en general, por la tibieza con que se suele pedir. Y esta doctrina es conforme a la Escritura divina, pues el Señor nos enseña en la oración del Padrenuestro pedir cosas en particular: y David hacía lo mismo, según se le

ofrecían particulares necesidades; y así lo han usado los Santos, pidiendo para sí y para otros.

Y aunque se puede lo mismo hacer pidiendo cosas *temporales*, como leemos del ciego que pidió vista al Señor (*Mr.*, 10, 51) y otros muchos; mas como lo temporal sea cosa menos preciosa, y cuyo amor suele ser peligroso, y cuyo desprecio suele ser alabado, no hay tanta licencia para soltar el corazón a lo desear y pedir, como lo espiritual; aunque no deja de ser bien hecho, si se pide sin congojas demasiadas, y con condición si agrada al Señor.

Cerca del cumplimiento de la voluntad del Señor, en que está nuestro bien, me podréis preguntar: ¿En qué la conoceréis? A lo cual os digo, que donde hay mandamiento y palabra de Dios o de su Iglesia, no tenéis más que inquirir, sino tened por averiguado que aquello es voluntad del Señor. Y cuando esto no hay, habéis de tener por lo mismo lo que manda vuestro superior, si claramente no consta que manda contra la Ley de Dios o de la Iglesia, o contra razón natural, Que, pues San Pablo dice (*Rom.*, 13, 5), *que aunque el superior sea infiel, le ha de obedecer el cristiano, no solo por evitar el castigo, mas por la obligación de la conciencia*, ¿cuánto más será esto verdad en los superiores cristianos, de los cuales hemos de pensar que Dios les ayuda a mandar lo justo?

Y cuando todo esto faltare, tomaréis por voluntad del Señor el consejo que os diere persona de quien se debe tomar.

Y no penséis por esto que estáis sin necesidad de pedir la lumbre del Espíritu Santo para acertar a agradar al Señor. Porque nuestras necesidades son tantas y tan en particular, que sin este Maestro, otro no basta.

CAPITULO 103

En que se comienza a declarar la palabra que dice: «Y CODICIARÁ EL REY TU HERMOSURA.» Y de cuán grande cosa es poner Dios su amor en el hombre. Y que no es esta hermosura la corporal; y de cuánto ésta sea peligrosa.

Cosa es de maravillar que haya hermosura en la criatura que pueda atraer a los benditos ojos de Dios para ser de Él codiciada. Dichosa cosa es ena-

morarse el ánima de la hermosura de Dios; mas ni es de maravillar que la fea ame al todo hermoso, ni es de tener en mucho que la criatura ame a su Criador, pues se lo debe, y recibe de ello eterna paga. Mas enamorarse y aplacerse Dios en su criatura, esto es de maravillar y agradecer, y cosa de que tener inefable causa de gloriarse y gozarse. Si es grande honra ser uno preso por Jesucristo, y por título muy honrado se llama San Pablo (*Ephes.*, 3, 1), *preso de Jesucristo*, teniendo en el cuerpo cadenas de hierro y en el ánima cadenas de amor, ¿qué será tener el hombre a Dios preso con el amor? Si es gran riqueza no tener corazón, por dárselo a Dios, ¿qué será tener por nuestro el corazón de Dios, el cual da Él a quien da su amor, y tras el corazón da a todo Sí? Porque de quien es nuestro corazón, de aquél somos sin duda. Grandes y muchos son los bienes que la infinita y divina Bondad da a los hombres; mas no como haciendo mucho caso de todos ellos, en comparación de éste (1). Dice Job (7, 17): *Señor, ¿qué cosa es el hombre, porque lo engrandeces, y pones en él tu corazón?* Dando a entender, que pues por dar Dios el corazón, se da Él, tanta diferencia va de dar su corazón por amor, a dar otras dádivas, cuanto va de Dios a criaturas. Y si por las otras dádivas debemos gracias, la principal causa es porque nos la[s] da con amor; y si en ellas nos debemos gozar, mucho más por hallar gracia y amor en los altísimos ojos de Dios. Esta es la verdadera honra nuestra, de la cual nos podemos gloriarnos; no de que amamos nosotros a Él, porque maldito es quien algún caso hace de sí, ensalzándose de las obras que hace, más de que un tan alto Rey, a quien adoran todos los Angeles, quiera por su bondad amar a cosas tan bajas como somos nosotros.

Mirad, pues, doncella, si es razón de oír, y ver, e inclinarse a Dios vuestra oreja, pues que el galardón de ello es que *codicie Dios vuestra hermosura*. Verdaderamente, aunque las palabras que manda fueran muy dificultosas, se tornaran ligeras de cumplir, con tales promesas; cuanto más siendo cosa tan poca, con el favor de su gracia, a que nos pide.

Mas diréis: ¿De dónde viene al ánima tener hermosura, pues que de sí es pecadora, y de los pecado-

(1) Tratado 20 del Santísimo Sacramento, § 1.

res se escribe (*Thren.*, 4, 8) que es *denegrida su cara mas que carbones?* Si este Señor buscarse hermosura de cuerpo no es de maravillar que la hallase; porque así como Él es hermoso, crió todas las cosas hermosas, para que así fuesen algún pequeñuelo rastro de su hermosura inefable, comparada a la cual, toda hermosura es fealdad. Mas sabemos que dice David, hablando de la Esposa de este gran Rey (*Ps.* 44, 14), *que toda la hermosura de ella consiste en lo de dentro*, que es el ánimo. Y esto con mucha razón, porque la hermosura del cuerpo es muy poca cosa, y puede estar en quien tenga muy fea su ánimo. ¿Pues qué aprovecha ser fea en lo más, y hermosa en lo menos? ¿Qué aprovecha la hermosura en que los hombres pueden mirar, y fealdad en lo de dentro donde Dios mira? ¡De fuera ángel, y de dentro demonio!

Y no sólo esta hermosura no aprovecha para ser amada de Dios, mas aun por la mayor parte es ocasión para ser desamada. Porque así como la espiritual hermosura da seso y sabiduría, así la hermosura del cuerpo la suele quitar. No tiene pequeña guerra la castidad, la humildad y el recogimiento de una parte contra la hermosura del cuerpo de otra; y a muchas mujeres les fuera mejor extrema fealdad en el rostro, para no tener con quién pelear, que gran hermosura y gran liviandad, con que fueron vencidas (2). No por pequeño mal dice Dios a tal ánimo (*Ezech.*, 28, 17): *Perdiste la sabiduría en tu hermosura*; y en otra parte (16, 25) dice: *Hiciste abominable tu hermosura*. Y dice esto, porque cuando con la hermosura del cuerpo se junta fealdad en las costumbres, es abominable la tal hermosura, y tornada en fealdad verdadera.

Bien veo yo, que si los ánimos de los que miran las cosas hermosas, y de las que son hermosas fuesen puros en buscar a Dios sólo en las criaturas, cuanto ellas fuesen más hermosas, tanto más claro espejo les serían de la hermosura de Dios. Mas ¿adónde está ahora quien no tenga por [qué] temer lo que la Escritura dice (*Sap.*, 14, 11): *Que las criaturas son hechas lazo y cepo para los pies de los necios*, que son los que usan de ellas para ofensas de Dios, quedándose en ellas, siendo ellas criadas para que por ellas sirviesen a Dios y subiesen a Él como por una

(2) Tratado 13 del Santísimo Sacramento, p. 1.^a, § 11.